

LA CABRA BELICOSA

Por *Theo Norris*

NADIE entendió jamás por qué esa cabra odiaba tanto a Trixie, pero ésa era la realidad. Desde el primer día en que se la trajo a la casa para proveer leche fresca para Irene, la bebita, la cabra convirtió a Trixie en el blanco de sus ataques.

Trixie era una perrita pequeña y lanuda, de color blanco y negro, querida por la familia, y especialmente por los niños. No parecía tener ningún enemigo y siempre había sido amada y mimada. Todo el patio de la casa era suyo. Dormía cuando quería y recibía alimento cuando tenía hambre. Disfrutaba pues de una existencia tranquila y feliz.

Pero el día en que llegó la cabra, todo cambió. Trixie trotaba hacia el galpón donde estaban los chicos jugando, cuando de pronto notó que la cabra le salía al encuentro con la cabeza baja y sus amenazadores cuernos puntiagudos, como dagas afiladas.

Felizmente, en el momento de darle la embestida, Trixie alcanzó a escurrirse por debajo de la cerca, y se escapó.

No obstante, desde ese momento la vida de Trixie se convirtió en una pesadilla.

Llegó al galpón donde estaban los niños y jugó con ellos, pero en el viaje de regreso a la casa, vio que la cabra, que pastaba a corta distancia del galpón, no la perdía de vista, de manera que la perrita se ubicó en el centro del grupo de los niños y de allí no salió hasta que llegaron al patio de la casa.

Uno de los muchachos trajo entonces un plato de comida para ella y Rebelde, un perro grande que también formaba parte de la familia, y lo colocó ah lado del porche. Los dos perros estaban en lo mejor de la comida, cuando de pronto oyeron que se abría la puerta de atrás. Trixie levantó la cabeza. Alguien se había olvidado de cerrar el pasador de la puerta y la cabra entró y se dirigió a los perros. Y no parecía venir con una misión muy pacífica.

Trixie se escabulló y se metió debajo del porche. En cambio Rebelde siguió comiendo como si nada hubiera ocurrido, y terminó la comida, para gran pesar de Trixie. Y desde ese día, Trixie no pudo comer tranquila, porque la cabra aprendió a abrir la puerta del patio, y no sólo la molestaba cuando comía, sino que la perrita ya no era dueña de estar en ningún lado, a no ser que fuera debajo de los escalones o debajo del porche.

La familia se habría deshecho de la cabra gustosamente. Pero Irene necesitaba esa leche fresca, y la cabra quedó. No importaba el cuidado que pusieran para mantenerla encerrada, la cabra siempre lograba escaparse, de manera que Trixie tenía que mantenerse en guardia constantemente, sin poder descansar un solo instante, o echarse a dormir al sol.

Entre los escondites donde Trixie podía refugiarse estaba también el automóvil de la familia, debajo del cual pasó muchas horas la pobre perrita. El problema era llegar allí sin que la cabra lo notara. Parecía como si ese animal no hubiera pensado en otra cosa que en hacerle la vida imposible a la pobre Trixie. A menudo los niños pudieron observar cómo Trixie esperaba el momento oportuno para cambiar de escondite. Miraba cuidadosamente para comprobar si la cabra la vigilaba. Luego asomaba la cabeza por detrás de los escalones. Miraba nuevamente a la cabra y si veía que la observaba, se quedaba quieta y se hacía la dormida. Cuando creía que era seguro, comenzaba a arrastrarse lentamente, se detenía, avanzaba de nuevo hasta que de pronto se lanzaba a toda carrera. Pero a veces tropezaba con alguna cosa, momento que la cabra aprovechaba para atacarla. Afortunadamente, Trixie casi siempre lograba meterse debajo del auto, o en cualquier otro escondite que hubiera elegido, salvándose apenas del topetazo que le venía, y allí se quedaba luego, débil y temblando.

A los niños les extrañaba que se hubiera vuelto tan nerviosa y hubiera enflaquecido tanto. Además, siempre estaba con hambre. Pero por fin se dieron cuenta de que raras veces podía terminar su comida en paz. De modo que decidieron echarle de comer en el porche. Pero aun allí vieron que un día la cabra estaba junto a la puerta de tejido con su habitual actitud antagónica hacia Trixie, contribuyendo así a la



nerviosidad y mala nutrición de la infeliz perrita, a quien se le había puesto el pelo muy opaco y tenía aspecto de enferma.

De modo que los niños se dieron cuenta de que la única solución sería encontrarle un nuevo hogar. Un día fue a visitarlos una familia que tenía un muchachito que había perdido su perro, y quería tener otro. Ese niño pareció encariñarse con Trixie desde el primer instante, y como él la quería, los niños decidieron dársela.

Aunque Trixie extrañó mucho a los niños de la granja, y también ellos la echaron mucho de menos, la perrita descubrió que en su nuevo hogar no había una cabra que la persiguiera y le hiciera una vida miserable. Su nuevo amo la cuidó con todo cariño y Trixie recuperó su temperamento juguetón y su disposición amigable, y volvió a sentirse sana y feliz como lo había estado antes de que la cabra le declarara la guerra.